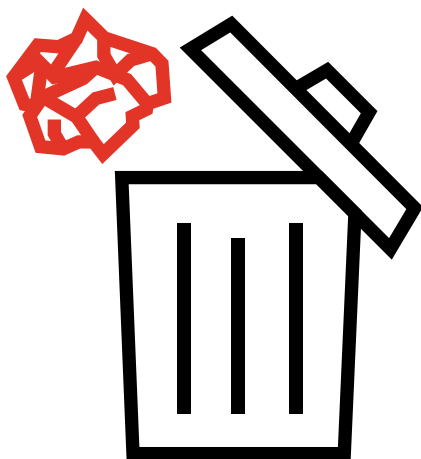


carta a un escritor latinoamericano y otros insultos

Leo Masliah



ciatura EDITORA

La función de la literatura

Gaby abomina de la literatura fantástica, ese género que la llena de inquietudes fútiles, enterándola de hechos falaces que postulan o bien una física diferente de la que rige el universo, o una distorsión demasiado grosera de las estadísticas.

De Rabelais y de Swift opina que, siendo tan hábiles e ingeniosos en el decir, es una verdadera lástima que, en vez de divagar, no nos hayan mostrado cómo era la vida real de la gente en sus tiempos.

De Poe y Maupassant piensa que en vez de andar asustando a la gente con criaturas y hechos sobrenaturales, por qué no despertaron la sensibilidad de sus coetáneos sobre los horrores reales que los rodeaban, que no eran pocos.

De Franz Kafka dice que habría debido elevar su grito de ahogado hacia las máquinas estatales reales que oprimen al individuo, y no hacia autoridades ocultas que ejercen poderes incomprensibles sobre sociedades fantasmales.

De Samuel Beckett piensa que el hecho de vivir en un mundo absurdo no justifica, ni como refugio ni como venganza, el inventar otro más absurdo aun.

De Ray Bradbury, que debió aplicar su vena poética a un círculo de acontecimientos más cotidianos y más tangibles.

Philip K. Dick, para ella, no es autor digno de leerse, si sus relatos fueron llevados a la pantalla con las caras de Harrison Ford, Peter Weller y Arnold Schwarzenegger.

A Gaby le gusta leer a Zola, a Proust, a Faulkner, a Ciro Alegría, a Jorge Amado, a Toni Morrison, a Camilo José Cela, a Galeano, a Piglia y sobre todo a Cruz Menéndez, de cuya espesa prosa cosecha a diario profundas reflexiones y enseñanzas sobre los usos, costumbres y motivos de las distintas clases de gente que la sociedad da a luz hoy día en estas latitudes.

Lo que Gaby ignora es que Cruz Menéndez es una entidad de un planeta lejano cuya comandancia planea invadir la Tierra, y que la circulación de sus libros tiene como único objetivo el comprobar si Ellos nos conocen lo suficiente como para garantizar una dominación exitosa y duradera.

Taller literario

Hoy –dijo el doctor Dalesius⁵⁵, enarbolando un pequeño pero grueso libro de bolsillo– vamos a dar la primera parte de la “Descripción de un estado físico” de Antonin Artaud.

–¿Hay que sacar apuntes, profesor? –preguntó Edith, la mejor alumna del grupo.

–Sí –le respondió él–, pero no acá. Para sacar apuntes, le ruego que se traslade usted al *toilette*.

Edith, aplicadamente, salió del salón con su cuadernola y su estilográfica de formato clásico ornamentada con calcomanías posmodernas.

–“Una sensación de ardor ácido en los miembros” –leyó el doctor, para el resto del alumnado–, “músculos torcidos y en carne viva, el sentimiento de ser de vidrio y rompible, un miedo, una retracción ante el movimiento, y el ruido”.

Un invisible e instantáneo acontecimiento sacudió la clase. Todos habían oído algo que pareció la suma de los gritos agudos de miríadas de diminutos objetos inanimados súbitamente decididos a celebrar un inspirado rito de inmolación. El doctor y todos los alumnos miraron hacia las ventanas, pero ningún vidrio se había roto. Entonces Susa-

na Tavares Valverde, una de las más antiguas talleristas del grupo, se desgranó en incontables fragmentos más pequeños que granos de arena y más sonoros, en su choque contra el piso, que pelotas de ping pong.

–¿Voy a buscar una escoba, doctor? –preguntó Mascheroni, otro de los alumnos.

–Ahora no. Debemos continuar –contestó el docente, y siguió leyendo:– “Un inconsciente desarraigo de la marcha, de los gestos, de los movimientos. Una voluntad tensada a perpetuidad para los gestos más simples, la renuncia al gesto simple, una fatiga revulsiva y central, una especie de fatiga aspirante”.

Berta Del Vecchio, una estudiante que estaba sentada en el piso, de piernas cruzadas, se puso de pie de un salto y empezó a practicar elongaciones aeróbicas de piernas y brazos. Su vecino de atrás, Barreiro, inició a rastras una peregrinación a la pared del fondo.

–“Los movimientos a recomponer” –siguió leyendo Dalesius–, “una especie de fatiga de muerte, fatiga de espíritu para aplicar la tensión muscular más simple, el gesto de agarrar, de aferrarse inconscientemente a algo, a sostener por aplicación de una voluntad”.

En ese momento Mascheroni abrazó a Berta Del Vecchio fuertemente a la altura de las caderas y le dijo:

–Yo te agarro, pero soy plenamente consciente de que lo estoy haciendo.

–Y yo no estoy fatigada –contestó ella.

–“Una fatiga de comienzo del mundo” –retomó el doctor–, “la sensación de llevar el propio cuerpo, un sentimiento de increíble fragilidad, y que se vuelve dolor desgarrador, un estado de doloroso entumecimiento, una especie de entumecimiento localizado en la piel, que no prohíbe nin-

⁵⁵ El lector interesado encontrará otras electrizantes travesuras de este personaje en el presente tomo (ver “Fiesta de disfraces” y “La orquesta del doctor Dalesius”) y también en los nombrados en la nota 1 y vueltos a nombrar en la 5.

gún movimiento pero cambia el sentimiento interno de un miembro, y pone a la simple postura vertical el precio de un esfuerzo victorioso”.

Barreiro, incorporándose, se acercó a una alumna de cortos rizos llamada Delia y, mostrándole un abultamiento en el sector frontal superior de su pantalón, le dijo:

–Esto te va a costar veinte *pavos*.

Delia sacó de su bolso unos billetes y se los entregó. El doctor Dalesius, elevando la voz, continuó su lectura:

–“Localizado probablemente en la piel, pero sentido como la supresión radical de un miembro, y no presentando al cerebro más que imágenes de miembros filiformes y algo-donosos, imágenes de miembros lejanos y fuera de su sitio”.

Dos golpes sonaron, al parecer, desde la puerta.

–¿Abro, profesor? –preguntó un estudiante llamado Roserpof.

–Quizá sean sólo nudillos. Nudillos aislados –aventuró la abuela Mavrakis, que asistía a los cursos como oyente, acompañando a sus nietos Simeón y Trombosis, inscriptos reglamentariamente y con derecho a diploma en caso de aprobar el examen final con puntaje superior o igual a cero.

–“Una especie de ruptura interior de todos los nervios” –siguió Dalesius sin haber oído ni los golpes en la puerta ni las consultas y comentarios de Roserpof y Mavrakis–. “Un vértigo motor, una especie de deslumbramiento oblicuo que acompaña todo esfuerzo, una coagulación de calor que estrecha toda la extensión del cráneo o se le recorta en pedazos, placas de calor que se desplazan”.

Un ruido muy similar al que había antecedido la desarticulación de Susana Tavares Valverde atronó en el salón, pero esta vez todos –menos Susana, antes desarticulada– vieron que uno de los cristales de las ventanas se había roto,

a causa del impacto de una enorme barra de hielo procedente del exterior. La barra fue a dar al pupitre que albergaba a los alumnos Salumón, Alba Berg y Prupeti, y se derritió formando no menos de dieciséis charcos distribuidos a lo largo y a lo alto del salón.

El doctor, que había protegido el libro con una manga de su saco, para que no se mojara, prosiguió:

–“Una exacerbación dolorosa del cráneo, una presión cortante de los nervios, la nuca en sufrimiento encarnizado, sienes que se vitrifican o se marmoran, una cabeza pisoteada por caballos. Habría que hablar ahora de la descorpORIZACIÓN de la realidad, de esta especie de ruptura empeñada, parece, en multiplicarse a sí misma entre las cosas y el sentimiento que producen en nuestro espíritu, el lugar que deben tomar”.

Las últimas palabras no fueron inteligibles para la audiencia porque se les superpuso un largo rebuzno emitido por Simeón. Éste fue el más sorprendido por su propia acción. Delia le prestó un espejito que sacó de su bolso y él se miró, descubriendo que su cara era la de un burro, aunque conservaba incambiadas sus orejas humanas.

–“Esta clasificación instantánea de las cosas” –siguió Dalesius, en un tono como si lo que estuviera leyendo guardara alguna relación con lo acontecido a Simeón– “en las células del espíritu, no tanto en su orden lógico como en su orden sentimental, afectivo (que no se hace más): las cosas ya no tienen olor, no tienen sexo. Pero su orden lógico se rompe a veces también justamente por su falta de regusto afectivo. Las palabras se pudren en el llamado inconsciente del cerebro, todas las palabras en cualquier operación mental, y sobre todo las que tocan los resortes más habituales, los más activos del espíritu”.

El doctor permaneció en silencio sin apartar su mirada del libro, y el alumnado lo imitó, aunque cada alumno fijara la vista en un punto diferente del volumen. La puerta del salón se abrió y entró Edith, andando grácilmente como una niña que salta a la cuerda. Mostró su cuadernola abierta al profesor, y éste le dijo:

—¡Mmmmmm! ¡Muy bien, Edith! Como siempre, tendrás la mejor calificación.

Carta a un escritor latinoamericano y otros insultos

Leo Maslíah

Querido escritor latinoamericano:

Hemos venido siguiendo tu carrera (...) y tenemos algo importante que comunicarte. Descontamos que será de provecho (...) para la mantención del sano equilibrio existente dentro del rico espectro de formas, géneros y estilos que articulan el vasto mundo de la literatura. Sabemos que tienes talento, pero ¡cuidado! (...) No intentes incursionar en papeles que no te han sido asignados. No vanguardices, porque te vamos a boicotear. No vamos a avalar tus inventos. Debes usar tus dones en la tarea de aplicar las técnicas poéticas y narrativas que nuestros escritores consagraron como válidas. (...) Hay por aquí un grupo de intelectuales que asumen, en nombre de toda Europa Occidental, la culpa que ella tiene de que en tu país la gente viva mal. Y esta gente necesita documentación.

Con estas y otras advertencias implícitas en el papel que las metrópolis asignaron a la creación literaria latinoamericana se inicia el texto que presta título a este libro, habitado por otras apostasías sobre arte, cultura y sociedad, así como por cuentos y cadenas de sintagmas no validados por los vaticanos literarios que gobiernan la sensibilidad de los lectores “cultos” de nuestro “subcontinente”.

Prof. Abraham Rivadeneira

ISBN: 978-9974-8351-5-3



ciatura EDITORA